

## Un hombre parecido a sí mismo

---

*Mario Monteforte Toledo*

**R**afael Arévalo Martínez publicó esta obra en 1915. Nunca había salido de Guatemala, una ciudad donde no pocas viviendas se alumbraban con candelas y donde los zopilotes, parados en los adobes, esperaban en silencio a los muertos. Una horrenda y medieval dictadura inundaba materialmente el aire; el único libro que se leía sin censura ni amenaza era la guía de teléfonos.

Siempre será enigmática la supervivencia de seres humanos ilustrados en tiempos como aquellos. Arévalo Martínez nació escribiendo bien y supo bastante. Pero lo que lleva de la mano a sus libros es, ante todo, un instinto descomunal y esa fuerza prodigiosa de la gente flaca hasta la transparencia.

El modernismo principiaba su agonía, larga y desgarradora como la que merecen los grandes muertos. La influencia sobre la rala literatura guatemalteca era aún la francesa, ya afectada por el declive de la sociedad burguesa europea en general.

Pero había paradigmas aún más cercanos: el de *El señor de Phocas*, de Jean Lorrain; *Humos de opio*, de Claude Farrère, y los *Cantos de Maldoror*, del falso conde de Lautréamont. Tres obras rancias, inteligentes, cuya prosa, por completo libre de metáforas decorativas, otorgaba nueva dimensión a la prosa.

Fue entonces también y acaso bajo las mismas influencias, cuando Joyce empezó a rumiar el *Ulises*. De espaldas al muro, como los fusilados de Goya, se despedían tullidas las Academias.

El simbolismo de la época procedía un poco de Francia; pero también de Inglaterra y de Irlanda. Al menos en esas admirables y oportunas traducciones que en papel barato publicaban las editoriales catalanas, los jóvenes tienen que

haber leído a Yeats, quien de cierta forma rescataba el romanticismo alemán y sirvió de puente entre Baudelaire y los surrealistas.

*¿Qué significa este informe? Que El hombre que parecía un caballo no fue hecho aislado, producto de generación espontánea, sino respuesta lógica de un escritor sensible a los vaivenes de su tiempo, imaginativo hasta la neurosis, incorporado a la contemporaneidad no obstante vivir en un país en tan dramático atraso como la Guatemala de entonces.*

*Expresión cabal de esta rebelión intelectual inmoralista, asustadora y cínica era Oscar Wilde, pariente consanguíneo de El hombre que parecía un caballo. El mismo Arévalo Martínez se encarga de situarse: «Quizá alguien se torne iracundo contra las direcciones artísticas de mi obra... Pero yo no soy un moralista del amor, ni padre de familia, ni maestro de escuela...».<sup>1</sup>*

*El esqueleto inmoralista de la obra no se sostiene sin entender la lucha que debió librar en su interior aquel hombre desgarrado entre la inducción de una familia donde sojuzgaban y agobiaban a los niños con el terror al diablo, y un espíritu demoníaco, rebelde, inquisidor, que en vuelos de su imaginación y en conductas de su cuerpo ansiaba la plena conciencia y el ejercicio de la libertad. Casi siempre, esta lucha se resuelve en el campo del sexo (la primera cultura que estalla tras las dictaduras es la sexual). En tanto que norma destrozada, a Arévalo Martínez lo exaltaban el valor y el triunfo sensual de cometer, gozar y despreciar el pecado. Teresa Arévalo, su hija, lo pone en menos y mejores palabras: «Saboreaba a ratos el pecado como una confitura maligna, que en doble forma lo fascina y lo intimida».<sup>2</sup>*

*Arévalo Martínez disimula bajo buena literatura una encarnación, una actuación escénica, en último extremo una autobiografía. Yo veo el libro como un diálogo consigo mismo, como un panegírico al valor de ser el colmo de lo extraño, de lo inteligente, de lo turbio y lo homosexual. Esto es mucho más de lo que hizo Wilde. Porfirio Barba Jacob, o sea, el Señor de Aretal (insuficiente anagrama de «Arévalo»), sólo sirve para sustentar el diálogo, como los que monologaba Platón. De él —es decir de sí mismo— dice el autor: «Era amoral como un caballo y se dejaba montar por cualquier espíritu»; «Nunca he amado tanto a los caballos como al amarlos en usted»; «Yo soy el primer hombre que ha amado a usted...». A manera de redención, pero no sin soberbia, escribe: «El cuerpo de Aretal me inspiraba repulsión». Y por último: «Cuando esa mujer bella lo ame se redimirá. Conquistará el pudor».*

*Porfirio Barba Jacob era un homosexual ostentoso y por completo desenfadado; no le hubiera lucido, por ello, referirse al libro sobre bases éticas. Con su*

<sup>1</sup> «Cómo compuse “El hombre que parecía un caballo”», *vid.* Dossier.

<sup>2</sup> *Rafael Arévalo Martínez*, Guatemala, Tipografía Nacional, 1971, p. 254.

dejo de soberbia, lo llamó así: «Exaltación y calumnia de genial arbitrariedad».

Resulta curioso que, como poeta, Barba Jacob no haya influido en lo más mínimo en la lírica de Arévalo Martínez. Su trabajo es barroco, succulento, tropical, costeño, siempre de la mano del ritmo y de la música. La poesía de Arévalo Martínez, a fuerza de moderna, tiende a lo coloquial, lo íntimo y desnudo. Pero Barba Jacob hizo mucho periodismo –era en ese campo un acabado técnico–, y como tal su prosa no puede ser más objetiva, más «prosaica».

Recordemos también que Arévalo Martínez es un escritor de primer orden, prolijo, y no el autor –a la manera rulfiana– de un par de libros. Como poeta se sumó a los que, exasperados por la inenterrable dictadura del modernismo y sobre todo de Rubén Darío, acabaron por decapitarlo simbólicamente torciéndole el cuello al cisne, después de la Primera Guerra Mundial. Como novelista fue precursor de libros capitales que iban a contribuir a la creación de una conciencia contra las dictaduras de todas partes; pocos lustros más tarde ese género de libros figuraría entre los más significativos de la narrativa latinoamericana.

Existe una copiosa bibliografía crítica sobre El hombre que parecía un caballo. La riqueza poética, la ambigüedad del libro, se prestan a cualquier elucubración. Es, por esencia, polisémico. Sus materiales no se manifiestan groseramente, ni cuando desasosegado por los celos y por la infructuosa lucha por dominar y por dominarse, el autor pretende injuriar o maldecir. La complacencia de escribir lo que escribe, e inventar lo que inventa, o de recordar lo que recuerda, prima sobre cualquier otro límite o premisa. En estos términos no cabe fracaso, proposición no cumplida, esperanza no realizada. El libro es un fluir que admite muchas variantes y muchos otros desenlaces, o la ausencia de ellos. Porque se trata de una obra sin planteamiento dialéctico.

Desde cualquier ángulo que se vea, la obra pertenece a todos los tiempos y sobre todo a la contemporaneidad.